

Si, señores, esto se dice, se escribe, se aplaude.—No es tanto nuestro orgullo quien se resiente, ¡oh cínico!; nuestra alma es quien se enoja y enciende con tus baldones.—Dejemos en su lodazal, en sus pasiones, en sus ruinas á esos pregoneros de brutalidad y de naderías. Dios nos crió: fuimos hechos á su imagen: hay cosa divina en nosotros. Tengámoslo presente, y roguemos que el hombre-animal no preveza en la tierra. Trabajemos en particular y peleemos con denuedo para que no lleve la pal-

ma en Francia: acabaría con ella '»

«En el orden de las ideas, la aplicación del evolucionismo á la formación del cuerpo humano es posible, y aun diré que realzaría la unidad del mundo y del plan divino (!?). Pero en el orden de los hechos, ni la revelación ni la relación de las cosas la confirman y corroboran '».—Ahí está todo cuanto á duras penas se podría conceder.

<sup>1</sup> *L'homme selon la science et la foi*, 1886, deuxième confér.

<sup>2</sup> P. CASTELLEN: *La première page de Moïse*, 8<sup>e</sup> confér., 1884.



## CAPÍTULO XLI.

### EL REINO HUMANO.

#### ARTÍCULO I.

Costumbre ordinaria de introducir al hombre en el reino animal.— El hombre hace reino aparte.— Diferencias anatómicas y fisiológicas entre el hombre y el bruto.— Dictamen de los santos Padres y de los zoológicos modernos.

Es costumbre introducida por los naturalistas contar al hombre entre los animales en los catálogos zoológicos que de ellos suelen hacer. Lo ordinario es ponerle en la lista de los mamíferos, y aun describirle en pos de los monos, como si metido entre ellos fuera de menos bulto la diferencia. Fúndanse en la estructura anatómica del hombre, que poco dista, dicen, de la del mono, y permite emparejarlos sin peligro de error. Mas no advierten que aun llamar al hombre animal, es poco decir para calificarle del todo; siendo indubitante que el carácter distintivo que funda su excelencia sobre los mamíferos, vertebrados y vivíparos, está en la lumbré de la razón, que constituye la diferencia específica. Pero la costumbre de prescindir de este distintivo esencial, y de parar la vista en la figura del cuerpo, por la que parece acercarse á los mamíferos de clase mayor, ha sido ocasión de que abalanzados el hombre y el bruto, unos le hayan igualado á los monos, otros le hayan hecho de peor condición, otros le creyeran comparable con la rana,

otros le asimilaran al delfín; refiriendo los más de ellos por cierto lo imaginado, y borrando la infinita distancia que hay de un hombre á una bestia cualquiera. Ello es, que los embalmientos de Lamarck, de Vogt, de Huxley, de Tiedemann, de Clauss y otros autores de este jaez corren con más fama que fuera menester á la sana filosofía y á la humana dignidad. Veamos, pues, cómo contraponiendo con el hombre el animal más perfecto, nacen forzosamente diferencias notabilísimas, cuales pueden caer entre el reino mineral y el vegetal, entre el vegetal y el sensitivo; por manera que nos autoricen á constituir un reino de por sí, el *reino humano*, encumbrado infinitamente sobre los demás reinos naturales.

Descendamos á enumerar las excelencias anatómicas más principales que en el cuerpo del hombre resplandecen; y comencemos por la propiedad de estribar sobre las plantas de los pies. Así describe la postura vertical el catedrático de medicina en la Universidad de Madrid D. Julián Calleja: «Apoiado sobre los dos pies, dejando en completa libertad los miembros torácicos para maniobrar con ellos, con la cabeza erguida, los ojos situados horizontalmente, en actitud de abarcar extensiones inmensas, y con los órganos del lenguaje hablado y de los gestos colocados en la cara...: tal es la



actitud natural del hombre. El examen de las regiones del cuerpo demuestra que no puede ser otra, ni ha podido la educación intervenir en ella<sup>1</sup>. Declaremos más por extenso la nobleza de estas cualidades, siguiendo la norma de la severa anatomía.

M. de Quatrefages estudia reposadamente el índice cefálico, la capacidad del cráneo, el índice facial, los índices nasal y orbitario, el prognatismo, el ángulo facial, el parietal, y otros caracteres osteológicos, de cuya consideración concluye victorioso notables diferencias entre los hombres y los brutos. No es de nuestro propósito entretener el tiempo con semejantes averiguaciones. Pero no pasaremos en silencio el ángulo esfenoidal, descubierta por Virchow y estudiado por Welker, para cuya medición inventó Broca un ingenioso instrumento. Tiene este ángulo su vértice en la mitad del canal óptico al borde anterior de la silla túrcica; desde este punto medio se traza una recta á la sutura fronto-nasal, y otra al borde anterior del agujero óptico; y el ángulo formado por ambas rectas es el ángulo esfenoidal, según le describe Littré<sup>2</sup>. Comparadas entre sí las medidas de Welker, resulta que en el hombre recién nacido el ángulo esfenoidal es de 141°, en el adulto de 134°, en el mono recién nacido de 140°, en el adulto de 174°; de manera que este ángulo en hombres y cuadrumanos presenta una evolución inversa en el progreso de la edad. «No hay para qué insistir, añade Quatrefages, en cuán irreconciliables son hechos de esta índole con las teorías que dan al hombre por ascendente un ser más ó menos pitecoideo.»

La cabeza humana, á fin de que su gran peso no la desquicie y saque del

<sup>1</sup> Nuevo compendio de Anatomía descriptiva, 1878, p. 34.

<sup>2</sup> L'espèce humaine, livre ix, chap. xxx.

<sup>3</sup> Diccionario de Medicina y Cirugía, Val., 1880.

centro de la columna vertebral, en mitad de la base del cráneo tiene un agujero que encaja en la primera vértebra, sin que sea menester ligamento dorsal que la tenga arrendada, como á los cuadrúpedos acontece, y al mono en particular, para el conveniente equilibrio. En la cara, espejo de incomparable hermosura, los ojos sin músculo suspensorio, vivos, levantados y volubles, las ventanas nasales hacia abajo, los labios recogidos, la barba hacia adentro, anuncian claramente que la posición derecha es la propia de los hombres. Los miembros torácicos, dispuestos para abrazar y levantar peso, no para servir de estribos como en los mamíferos, cuelgan de los lados del tronco con graciosa tendencia al movimiento curvilíneo y á replegarse sobre la cavidad anterior. Para que las manos no se humillen al oficio de pies, fuera de estar libres y limpias, poseen una semejanza de gozne en el dedo pulgar que facilita admirablemente todas las operaciones menos la andadura. Por el contrario, los miembros inferiores son columnas y palancas de gran resistencia, que sobrellevan marchas forzadas; para cuyo efecto apríetanse los músculos en torno de las cañas formando un sinnúmero de fibras; los pies, bases que sustentan el edificio, tienen holgada la planta y ajustada al suelo por sus músculos; los huesos del tarso y metatarso están arqueados, como era razón, para poder recibir la carga con más seguridad; y los dedos, que no sirven para asir, sino para dar mayor anchura á la base, son cortos y endebles; por donde el hombre que quiera andar á gatas debe hacer mucha fuerza en las puntas de los pies y de las manos.

No así, empero, los monos. Si Linné y Buffon pensaron ser propia inclinación suya tenerse derechos, hablaban seguramente de monos domesticados por el hombre. Porque los

naturalistas han llegado á persuadirse, y es ya dicho común, que el hombre es el único animal hecho para estar en pie. «La situación vertical, dice Godron, resulta de la contextura particular del esqueleto humano, y del equilibrio que hace la acción de sus músculos con el peso de los órganos abdominales<sup>1</sup>.» El gorila, el orangután y el gibón, con gran dificultad se mantienen rectos sin el apoyo del palo, caminan inclinados hacia adelante, y no dan paso seguro á causa de que la longitud del antebrazo hace los miembros anteriores más largos que las piernas, cuando todo lo contrario nos acontece á nosotros. Los pies y las manos en el mono y en el hombre tienen entre sí cabal competencia: el pie del hombre no se hizo para agarrar, el del mono sí; la mano del hombre es fina y ligera, la del mono tosca y pesada; la planta del hombre es corta y ancha, la del mono larga y angosta. En fin: así como es propiedad del pez nadar, del ave volar, del reptil arrastrarse, del mono trepar, el hombre tiene por natural modo de locomoción la andadura con solos dos pies.

Santo Tomás, señalando esta importante prerrogativa con mucho acuerdo, reduce las diferencias físicas al servicio del entendimiento, que es la principal entre el hombre y el bruto, como dando á entender cuán perfectamente conocía, que no está la suma de nuestra excelencia en los sentidos y aparatos del cuerpo, sino en las facultades del alma, y por ahí demuestra cómo la estatura inclinada y no recta sería de estorbo al uso de la razón y trabaría el ejercicio del habla. En esto discurría siguiendo la doctrina de Aristóteles, que en su libro iv *De los animales*, dice que «entre todos ellos el hombre es el derecho, por

<sup>1</sup> *De l'esp. et des races*, t. II, p. 119.

<sup>2</sup> l. p., q. xcii, a. 3.

ser divina su naturaleza y condición, y por ser su obra la más divina, es á saber, entender y poseer sabiduría; y no le sería fácil alcanzarla si la disposición del cuerpo fuese horizontal ó inclinada, por cuanto la pesadez del cuerpo hace más tarde el entendimiento y el sentido común». Y hablando de la mano, dice: «La mano es, no uno, sino muchos instrumentos; al que podía abrazar muchas artes, dale la naturaleza un instrumento que para muchas cosas fuese á propósito.»

Muy admirablemente escribe san Gregorio Niseno sobre la formación del hombre: viniendo á exponer la excelencia de la fábrica de nuestro cuerpo, dice estas gravísimas palabras: «La figura recta concedida al hombre que al cielo se levanta, y por la tierra tiende los ojos, demuestra dignidad imperatoria y regia. Porque entre todos los animales, él es el único que mira arriba, los demás abajo: con que se demuestra el poderío eminente que sobre todas las cosas tiene á su imperio sometidas. Los demás animales válense de los pies anteriores como de apoyos donde asentar los cuerpos: al hombre en su lugar se le dieron las manos. Porque para la figura erguida bastaba una sola base que hallase diferencias físicas al servicio de los pies. Y por otra parte, éranle precisas manos para ayudar á la palabra. Y así, quien dijere que las manos le fueron dadas para exprimir el lenguaje, no va fuera de camino. Ni sólo hemos de parar la atención en la palabra escrita, para la cual sirve la mano, y harta destreza demuestra en ello la razón: otra causa quiero alegar en abono del uso de las manos.» Más abajo, explicando este pensamiento, prosigue diciendo: «Estando, pues, el hombre dotado de la facultad de hablar, necesitaba un instrumento apto para el uso de la palabra. Á esta causa le fueron dadas ambas manos. Porque,



aunque son infinitas las ventajas y usos que las manos tienen en todo linaje de obras de arte, y las puede contar el que las ejercitare en la guerra y en la paz; todavía la naturaleza dióle manos al cuerpo por amor de la palabra. Y si tuviera el hombre que verse privado de ellas, sin duda la cara estaría formada por sus partes de manera que fuesen proporcionadas para alimentar al hombre. Así la nariz sería larga, delgada y comprimida; los labios gruesos, salientes y duros para que pudiesen cortar la yerba; y la lengua abultada, sólida, áspera para destrozar los alimentos, ó si no blanda á los lados y flexible como la de los perros y animales escrudivoros. Por esta razón, si manos no se hubieran añadido al cuerpo, ¿cómo habíamos de enunciar los sonidos articulados careciendo de miembros aptos para ello? Ciertamente fuera menester balar, aullar, ladrar, relinchar, mugir, bramir como bestias. Mas ahora que vemos manos en el hombre, digamos que están bien empleadas en expresar la palabra, y, por tanto, son muy propio instrumento para hablar, y á ese fin van destinadas y concedidas por el autor de la naturaleza.<sup>1</sup>

Por la hermosura de estas expresiones bien se ve cuál sea el oficio de las manos, y con cuánta razón hizo Cuvier del hombre el orden de los bimanos. Á la verdad, aunque erró en el fundamento pensando que toda la hechura de la mano consistía en que el pulgar se oponga y sirva á los otros dedos, y no advirtió que hay monos que le juegan con tanta destreza como el hombre, y que aun hay hombres que se valen del pie como de una mano para escribir, pintar, tocar y jugar; de arte que ni el hombre sería bimano, ni todo bimano sería hombre<sup>2</sup>; todavía si consideramos nuestra

<sup>1</sup> De hominis officio, cap. viii.

<sup>2</sup> Geoffroy: Hist. natur. gén., t. II, p. 200.

mano adornada de dedos blandos, móviles y dispuestos para abrazar, y que de los cuatro miembros extremos dos facilitan el asimiento y los otros dos la andadura, y que, por el contrario, los animales sólo tienen, ó patas para caminar, ó manos para agarrar, colegiremos estar el hombre provisto de dos manos y dos pies, y el mono de cuatro manos; y, por consiguiente, el hombre será bimano y el mono cuadrumano, siendo notorio de aquí cuantas ventajas haga el hombre en perfección y variedad de órganos á los brutos más perfectos, y cuán lejos esté de poder figurar en una línea con ellos. «Toda la construcción de las manos, dice el sabio Calleja, revela el más admirable mecanismo, tan característico del hombre, que ni aun los cuadrumanos tienen las manos de igual conformación».

Gustoso nos es trasladar aquí, entre otras, la pintura que de la mano del hombre nos dejó en su *Oculto filosofía*, la ingeniosa pluma del P. Juan Eusebio Nieremberg (1630). «La mano, dice, no es un instrumento solo, sino muchos, es instrumento de instrumentos; y así la naturaleza dió al hombre, que podía tener muchas artes, manos á propósito para el uso de muchos instrumentos. Injurian á la naturaleza los que se han quejado de su descuido en la fábrica del hombre, por haberle malparado desnudo y desarmado. Porque los demás animales no tienen sino un socorro y don de la naturaleza, que ni pueden dejarle ni trocarle, ni pueden dejar el calzado, ni el vestido, ni las armas; han de dormir necesariamente calzados y vestidos, han de comer y descansar armados. El hombre se puede ayudar de muchas cosas, dejarlas y trocarlas. Recibió tantos beneficios de

<sup>1</sup> HAMARD: *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 174.

<sup>2</sup> Anatomía, 1878, p. 40.

<sup>3</sup> Lib. II, cap. LIV.

la naturaleza, cuantos no necesitó recibirlos, y puede buscárselos; pues aunque desvalido, puede buscarse las armas que quisiere y como quisiere. La mano le es lanza, espada, saeta; sirvele por la garra del león, casco del caballo, colmillo del jabali, púas del espin, cuerno del toro, cola del caimán, trompa del elefante, dientes del tiburón y todo género de armas. El artificio de la mano es singular; está dividida en muchos dedos para que usase de ella partida, y compuesta, y entera. Si la hiciera seguida, sin división, no la pudiéramos partir, y fuera para menores usos; pero haciéndola partida, se puede componer y unir, con que es ya de más uso. Las juntas y dobleces de los dedos están á propósito para tomar, ajobar y apretar cualquier cosa. Al lado se juntó un dedo, pero corto y grueso; de manera que si no tuviera mano, no pudiera el hombre tomar nada, así si no tuviera aquel dedo no lo pudiera tomar bien y con comodidad; porque apretando ese dedo por la parte inferior y los demás por la superior, se agarra mejor cualquier cosa y con más fuerza. Es aquel dedo solo muy fuerte que vale por muchos. Es corto, porque fuese robusto, y porque no fuera de más provecho si fuera más largo. El último dedo es pequeño, el de en medio más largo, dice Aristóteles, como el remo de en medio de las barcas; porque lo que se agarra es necesario que aquel dedo lo abrace más. Todo esto es del P. Nieremberg. Bien pueden los darwinistas contemplar las manos del gorila; nunca llegarán á demostrar que las ocupe en toda suerte de ministerios.

No todas las diferencias son positivas en el hombre; aun las negativas encarecen la alteza de su origen. Una de ellas es la desnudez. Á todos los animales repartió el Criador armas ofensivas y defensivas: sólo al hom-

bre dejó desarmado. El vello, común á los animales más nobles, es tan escaso en los hombres, que no le basta para vencer las molestias de la intemperie; mayormente la región dorsal, que aun en los monos está poblada, demuestra en su tersura cuánto dista el hombre del parentesco mamífero. «No hay explicación que baste, dice un sabio moderno, á darnos razón de la falta de pelo en el hombre, si es que descendemos de progenitores velludos; al contrario, se entiende perfectamente en ese sistema la adquisición gradual del vello en las formas que derivan de un tronco sin pelo; por causa de esto, el darwinismo en este caso debiera trocar sus fundamentos, y decir: el mono descendiendo del hombre». No habiendo, pues, animal que sea veloso á la manera que el hombre, ¿no será razón respetar la desnudez como señal primitiva de su especie?

Parte de otra diferencia es la dentadura. Los monos más ilustres cuentan en cada quijada cuatro incisivos, dos caninos y diez molares; el hombre ni más ni menos; pero porque los caninos del mono largos y agudos se enclavaban al cerrarse las mandíbulas apareciendo después del segundo molar, debemos decir que le son terribles defensas: pero al hombre bastábale el dominio de la razón para prevalecer contra la fiera de sus enemigos. «¿Qué significa, exclama son Gregorio Niseno, la fábrica derecha del hombre? ¿Por qué no posee su cuerpo fuerzas á propósito para poner en salvo la vida? Destituido de todo auxilio natural, inerme, pobre, falto de lo necesario, viene á este mundo, más digno de compasión que de ser llamado feliz. No armado de la fuerza de

<sup>1</sup> L'Abbé LÉCOMTE: *Le darwinisme et l'origine de l'homme*, p. 301.

<sup>2</sup> HAMARD: *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 179.



los cuernos, ni de la agudeza de las garras, ni de los fuertes colmillos, ni de pezuñas potentes, ni de aguijón envenenado, con que vemos pertrechados á muchos animales, ni aun pelos cubren y defienden su cuerpo. Y ciertamente al que debía tener el imperio de las cosas, convenía estar dotado de armas propias, y no mendigar auxilio extraño para asegurar su vida. El león, el jabalí, el tigre, provistos andan maravillosamente de instrumentos de defensa; el toro, de cuernos; la liebre, de ligereza; la cabra, de velocidad para saltar; el uno de trompa, el otro de corpulencia, de alas el ave, de aguijón la abeja, de algo, en fin, todos que les sirva de suficiente defensa. Sólo el hombre es el más lerdo entre los ligeros, el menor entre los corpulentos, el más flaco entre los apercebidos de armas.<sup>1</sup>

El sentencioso D. Diego Saavedra Fajardo, exponiendo la natural inclinación del hombre, dice elegantemente así: «No le crió Dios para la guerra, sino para la paz; no para el furor, sino para la mansedumbre; no para la injuria, sino para la beneficencia, y así nació desnudo, sin armas con que herir, ni piel dura con que defenderse; tan necesitado de la existencia, gobierno y enseñanza de otro, que aun ya crecido y adulto no puede vivir por sí mismo sin la industria ajena... Le dió la voz articulada, blanda y suave con que explicarse sus conceptos: la risa, que mostrase su agrado; las lágrimas, su misericordia; las manos, su fe y liberalidad, y la rodilla, su obediencia; todas señales de un animal civil, benigno y pacífico. Pero á aquellos animales que quiso la naturaleza que fuesen belicosos, los crió dispuestos para la guerra con armas ofensivas y defensivas. Al león, con garras; al águila, con presas; al ele-

fante, con trompa; al toro, con cuernos; al jabalí, con colmillos; al espin, con púas... Á casi todos estos animales armó con duras pieles para la defensa: al cocodrilo, de corazas; á las serpientes, de malla; á los cangrejos, de giebas. En todos puso un aspecto sañudo y una voz horrible y espantosa. Sea, pues, para ellos lo irracional de la guerra, no para el hombre, en quien la razón tiene arbitrio sobre la ira.<sup>2</sup>»

## ARTÍCULO II.

Comparase el encéfalo del hombre con el de la bestia.  
— Estas diferencias han de considerarse por junto.  
— Excelencia del alma racional como carácter distintivo.— Dichos de los sabios en confirmación del reino humano.

**S**i pasamos á comparar el encéfalo del hombre con el de los animales, resultará considerable preeminencia. El volumen del cerebro humano es sin disputa mucho mayor, aun tresdoblado, que el de los monos á proporción de los cuerpos. Quiso ponerlo en duda el materialista Huxley, pareciéndole que en las razas humanas se nota igual diferencia de sesos; y mereció que otro transformista le apease de su pretensión, probando, como declara el abate Hamard<sup>3</sup>, que el cerebro del habitante de la Australia vence en volumen dos ó tres veces al del gorila, en tanto que el del europeo, por desarrollado que esté, apenas sobrepuja en una quinta parte al del indio más bozal. Basta medir los cráneos y advertir la relación entre los diámetros perpendiculares, largo y ancho, para entender, según que de los modelos de la arqueología resulta, cómo, parangonados los cráneos de los monos fósiles con el más imperfecto, el de Neanderthal, del

<sup>1</sup> *Ida de un Príncipe político-cristiano*, t. II, imp. presa 1816.

<sup>2</sup> *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 179.

hombre, el volumen del seso del mono es la mitad del más pequeño seso humano.<sup>4</sup>

Ya confiesa Beaunis que las circunvoluciones cerebrales «están menos desarrolladas en los antropomorfos. Según Bischoff, la disposición de los pliegues encefálicos no es la misma en el orangután que en el hombre; para descubrir analogía sería preciso cotejar el seso del orangután con el del feto humano á la segunda mitad del octavo mes. Además, el pico del encéfalo, prominencia del lóbulo anterior que corresponde á la fosa olfatoria, existe, según parece, en los antropomorfos, y falta del todo en el hombre. Gratiolet admitía que el seso del hombre al desarrollarse sigue orden inverso al de los monos: en el hombre las circunvoluciones anteriores serían las primeras, en los monos las posteriores. Pero, con todo, las observaciones distan mucho de conformarse con esta ley de Gratiolet; fuera de que las ocasiones de examinar sesos de fetos de antropomorfos han sido hasta el presente muy pocas para de ellos poder sacar conclusiones tan absolutas. En fin: estos caracteres distintivos se reducen á poquísimas diferencias, y no justifican la denominación de arquencéfalos que dió Owen al primer grupo de Primates, y la separación entre él y los otros mamíferos.<sup>5</sup>»

El discurso de este materialista deja entrever la ventaja del cerebro humano sobre el antropomórfico: no apunta Beaunis las razones que hacen falsas las observaciones de Gratiolet<sup>6</sup>; pero en la solución del nudo se clarea la cortedad de su respuesta. Más ingenuo es el darwinista Claus, declarando «el rico desarrollo de las circunvolucio-

nes cerebrales que en el hombre resplandece<sup>7</sup>»; pero luego, como quien cae en la cuenta de haber otorgado más de lo que convenía á su intento, amaina velas y añade: «Estos particulares, que son de importancia para el desarrollo psíquico del hombre, carecen de valor para caracteres fundamentales: deben atribuirse á desviaciones progresivas, y son menos considerables que los que distinguen los monos superiores de los inferiores.»

Con más acuerdo y mejor intención, santo Tomás de Aquino, reparando en la grandeza de los sesos humanos, descubrió una señal de primacia. En la compostura del encéfalo conoció la relación mediata que guarda con el entendimiento del hombre, y sacó de la magnitud relativa la fuerza y grandeza de éste. Y así dice: «Fue necesario que el hombre, entre todos los animales, tuviese un cerebro mayor respecto de su cuerpo, para que en él más fácilmente se ejercitasen las operaciones de las fuerzas sensitivas que son menester para la obra del entendimiento.<sup>8</sup>» En las cuales palabras resume el Santo la verdadera causa del exceso del cerebro humano sobre el de los animales, según que más adelante se dirá.

Pasemos de corrida por otras señales que los autores indican, el ángulo facial, la eminenza de la frente, lo saliente de la barba, el hueso intermaxilar, el número y distribución de las vértebras, y otras tales, que, más que notas específicas, son grados diversos de estructura en los órganos; pero baste lo dicho para mostrar la invadable distancia que media entre el hombre y el animal, y para confirmar que no es de pura convención la excelencia del uno sobre el otro, según que de la anatomía y fisiología se colige.

<sup>4</sup> QUATREPAGE: *Hommes fossiles et hommes sauvages*, 1884.

<sup>5</sup> *Nouveaux élém. de Physiol. humaine*, 1841, p. 46.

<sup>6</sup> *Revue des cours scientifiques*, t. I, p. 191.

<sup>7</sup> *Traité de zool.*, 1884, p. 1528.

<sup>8</sup> 1 p., q. xci, a. 3.



Pero los hombres que llevan la voz en la república del moderno saber tienen por cosas balades y de ningún tono estas fuentes de grandeza. «Sea el que fuere, dice Claus, el mérito que se dé á la configuración del cráneo, á la estructura del cerebro, á la posición vertical del tronco, á la actitud recta, debemos confesar que el hombre y el mono están formados sobre un mismo padrón. El dar, como hacía Cuvier, á estas diferencias estimación para colocar al hombre en un orden de por sí y apartado de la clase de los mamíferos, ó el adoptar la opinión de Huxley y de Haëckel, que solamente miran como secundarias estas notas zoológicas, y por eso establecen el orden de los Primates, es asunto de conveniencia y ventaja personal». Hablando en la misma substancia el antropólogo Topinard, pregunta qué lugar ocupa el hombre entre los mamíferos, y aunque, examinadas sus facultades, le conceda puesto de preferencia, no le reconozca otras prerrogativas sobre los monos antropoideos, sino las de tenerse ordinariamente en pie, y poseer un cerebro tres veces mayor que cualquier animal. De este privilegio deduce el lenguaje y la excelencia de las demás facultades, y resumiendo la enseñanza común entre muchos modernos, «el hombre, acaba diciendo, constituye una familia, la primera en el orden de los Primates, la primera en la clase de los mamíferos».

Lo que la paciencia no sufre es que al son de estas aseveraciones se divulgue libremente el parentesco del hombre con el bruto, se publique, se escriba, se enseñe que del instinto animal al entendimiento del hombre no va otra diferencia que de más á menos. La perversa doctrina lanza su ponzoña con disimulación; y el veneno así cunde, contamina y corrompe, que aun

<sup>1</sup> *Traité de zool.*, 1884, p. 1529.

<sup>2</sup> *L'Anthropologie*, 1884, livre 1, chap. v.

hombres sesudos y doctos alargan la rienda á todo lo que pide el error. Maravillado Bischoff del mal término de muchos llamados filósofos, los reprehende tácitamente diciendo: «Las diferencias entre el hombre y el mono más perfecto no se limitan al ángulo facial, á la posición del agujero occipital, á la disposición y hechura de los dientes, al tamaño del cerebro, al orden de las circunvoluciones, á la conformación de las extremidades, ni á otros puntos aislados: no, sino que se extienden á los mínimos particulares, resultando de todos ellos un efecto general más asombroso que de los rasgos principales. El haber hecho poco asiento en estos pormenores los materialistas ha sido causa que Huxley osase vender por averiguado este dictamen: las diferencias que hay de monos á monos pesan más que las que van de monos á hombres. La verdad es que, teniendo en cuenta el efecto que de las excelencias particulares nace, el villano más cerrado, un niño sin experiencia, no vacilaría un punto en poner á un lado todos los monos del mundo, y al otro todos los hombres de la tierra sin quitar los habitantes de la Nueva Zelandia». Y confirmando esta sentencia, M. Virchow decía: «Est totalmente imposible instituir comparación entre el hombre y el mono: no hay eslabón de cadena real y continua que corra del mono al hombre».

En conclusión: la estatua dispuesta del cuerpo, la majestad del semblante, lo generoso de la cabeza, el resplandor fogoso del rostro, la gravedad de la frente, la viveza de los ojos, la nobleza de la mano, lo gallardo de su presencia, la proporción, en fin, de tantas partes bien ordenadas y unidas, espectáculo son de mil lindezas, y muy de lejos muestran quién es el que en

<sup>1</sup> *Ueber die Verschiedenheit in der Schedelbauordnung des Gorilla*, 1867.

<sup>2</sup> *Vortrag, gehalten in Berlin am gewerksverein*, 1869.

si las resume; ¿y por qué agradan y pueden tanto con nosotros, sino porque son cifra y vislumbre de la razón? «El hombre civilizado, dice elegantemente un escritor, oculta á la vista la parte que tiene de bestia; pero descubre en su rostro la imagen de Dios, en su frente el asiento del pensar, y en su mano el símbolo de la acción. La frente queda despejada para recibir la corona, la mano desnuda y libre para tener el cetro de la creación».

Mas, ¿son acaso bastantes los caracteres antedichos para señalarle un lugar eminente fuera del orden de los animales? ¿El desemejarse un ser de otros, es razón que baste para constituir orden aparte y de por sí? Dejemos á la disputa de los zoólogos la solución de esta controversia. Al juicioso Milne-Edwards parecióle que las manos solas del hombre debieran serle á cualquier naturalista argumento para hacer reino diferente de los demás reinos; ¿cuánto más si se juntan la posición vertical, el esqueleto, el cerebro y sus circunvoluciones? Con todo, «el orden de los bimanos, añade, sólo consta de una especie; y se distingue de los restantes brutos por sus facultades intelectuales mucho más que por los caracteres anatómicos de que acabamos de hablar». Así declara este sabio naturalista cómo los hombres forman un reino de suyo apartado de los otros reinos por especiales prerrogativas, que nada deben de contraponer á los brutos más cabales.

Porque, aunque mirado el hombre en la variedad de miembros y órganos, menos tal vez aventaje á los monos superiores, que éstos á los inferiores mamíferos, porque, parando en solos los órganos y funciones fisiológicas, las participa con los brutos; mas para calificar á un ser que pertenece á la

creación sensible, no basta pesar sus propiedades materiales y visibles, es necesario estudiar y estimar el metal de sus singulares potencias, y examinado su valor, señalarle el lugar que en la escala natural debidamente le compete. «Por qué, decía Buffon, desenterrar de la historia natural del hombre la parte más noble que tiene? ¿Por qué envilecerle sin tiento y forzarnos á tenerle sólo por animal, cuando es de condición tan diversa? Lo mismo viene á decir el concienzudo Quatre-fages. «El hombre es ó no es diferente de los animales por fenómenos importantes, característicos, totalmente extraños á ellos? Sobre cuarenta años hace ya que respondi afirmativamente á esta pregunta: mi persuasión, puesta á prueba en tantas disputas, ha ido fortaleciéndose de día en día. El alma humana es para mí la causa desconocida de los fenómenos exclusivamente humanos, que solamente en el hombre parecen, siendo imposible negar cuán grande importancia tienen: por ellos se aventaja el hombre al bruto, como el conocimiento da exceso al animal sobre el vegetal, y la vida al vegetal sobre el mineral. Tales son los atributos intelectuales mucho más que por los caracteres anatómicos de que acabamos de hablar». Así declara este sabio naturalista cómo los hombres forman un reino de suyo apartado de los otros reinos por especiales prerrogativas, que nada deben de contraponer á los brutos más cabales.

Linneo, en su *Sistema de la Naturaleza*, contó al hombre entre los Primates, puesta la consideración en solas notas escogidas al azar; mas cada y cuando que le contraponen á los animales en común, y mide y pondera todo su ser por junto, como es razón que lo haga el naturalista, declara sin empaño debérselle á la especie humana el cetro del reino animal. «El método natural, dice otra vez Quatre-fages, no deja libertad para escoger tal ó cuál número de notas: débese hacer caudal de todas juntas, sin perjuicio de tanteebr bien el precio de cada una.

<sup>1</sup> Durlé de St.-Procyer: *Apologie scientifique*, 1885, chap. xvii.

<sup>2</sup> *Zoología*, 1867, p. 370.

<sup>3</sup> *L'esp. humaine*, t. 1, chap. 1.



Este método me ha forzado á admitir el *reino humano*, propuesto ya bajo títulos diversos por varones eminentes; yo creo haber dado de él una determinación más exacta y rigurosa.» Señalando en seguida los fenómenos y las causas de ellos en el reino humano, concluye diciendo: «En este reino hallamos, junto con los fenómenos privativos, los que hemos descubierto en todos los reinos inferiores. Por consiguiente, no podemos no admirar en él, obrando de consuno todas las fuerzas y todas las causas, los efectos que les son propios. Mirado á esta luz el hombre, merece bien el dictado de *microcosmos* que antiguamente le dieron.»

Si, pues, el alma racional es parte tan constitutiva del hombre, que le da ser substancial y unidad de persona, como luego diremos; si el hombre es respecto del animal lo que puede ser la planta respecto de la torpe substancia de los minerales; si en toda clasificación bien ordenada deben campear aquellas notas que individualicen con más propiedad la índole de los seres; no puede ser sino que al naturalista le cumpla atender á los efectos del alma humana, notar sus relaciones, estimar su primor y poner de relieve su no comparable excelencia. ¿O diremos que le toca al naturalista solamente el oficio de contar, medir y celebrar los caracteres que nos hacen con fines con los animales, pudiendo cerrar los ojos y desechar como desaprovechados los que de ellos nos separan? Si ciertos autores de zoología tuvieran valor y saber bastante para arrostrar los arduos problemas de la psicología, y se acostumbrasen á poner en los efectos del alma el cuidado que ponen en los rumbos de la materia, no tendríamos que lamentar los despropósitos que de continuo leemos

<sup>1</sup> GEOFFROY ST.-HILAIRE: *Hist. natur. génér.*, t. II, p. 256.

estampados en libros modernos. «Nadie niega, exclama Beausis, la excelencia del entendimiento del hombre sobre el mono: pero en clasificaciones de Historia natural, el entendimiento no ha lugar, ni hace número, ni debe concurrir como distintivo esencial: eso sería trastornar toda clasificación y meter el caos en la ciencia: no ha llegado aún el día de hacer una clasificación psicológica, en vez de la orgánica y fisiológica.» Debajo del manto de esta hipocresía ocultan los materialistas su refinada malicia.

Cuán molesta les haya sido la resolución de los varones sensatos lo rebosa á la clara C. Vogt cuando, al dar en rostro á M. de Quatrefages con su *reino humano*, brama de coraje diciendo: «Yo no entraré á discutir el reino humano que opone M. de Quatrefages, por razones meramente metafísicas, á los reinos animal y vegetal. No disputaré las diferencias de almas, animal y humana, que son para M. de Quatrefages fuerzas análogas á las de atracción ó gravitación (?), y para nosotros no son más que suma de funciones del sistema nervioso central, simple resultante de la organización de un miembro, y que desaparece aniquilado el órgano...» Y más abajo, todo turbado, añade: «Resultado, pues, que como hay diferencias fundamentales en toda organización entre plantas definidas y animales definidos, no habría ninguna entre animales definidos y el hombre definido; y así como en el primer caso los reinos vegetal y animal se diferencian por caracteres materiales y legítimos, no sería posible hallar diferencia material entre el reino animal y el reino humano.» Así salen en pública plaza las raposerías que albergan los materialistas en sus rateros entendimientos, sin respetar principios ni conclusiones. De suma

<sup>1</sup> *Nouveaux élém. de Physiol. hum.*, 1851, p. 49.  
<sup>2</sup> *Revue scientifique*, 1879, p. 1058.

importancia es, pues, enaltecer y celebrar la grandeza del *reino humano*, especialmente por el enojo que á ellos les da tan acertada división. Al tratar del instinto de los animales, hemos asentado que carecen del don de la inteligencia, cuyo fruto es la palabra, de la cual vamos á decir algo de lo mucho que se podría, para que quede concluido con más evidencia cuánta desconformidad tenga con el hombre el bruto que de ella carece.

### ARTÍCULO III.

Excelencia del lenguaje en prueba del reino humano. — El lenguaje distingue y califica al hombre. — Los tradicionalistas, haciendo necesaria la palabra, humillan la humana dignidad. — El habla no es común al hombre y al bruto. — Origen del lenguaje. — Indole de la palabra articulada. — La mímica expresión de conceptos.

Es el habla joya preciosísima de tan subidos quilates, que sin ella parecíoles de ninguna estima á no pocos filósofos modernos la humana razón, con ser tan levantada y divina facultad. El vizconde de Bonald se engolfó en la ponderación de su excelencia hasta el extremo de reputarla fuente original de los pensamientos. «El hombre, decía, no puede hablar su pensamiento sin pensar en su palabra.—El espíritu antes de entender la palabra está vacío y desnudo.—No tiene el hombre necesidad del lenguaje para percibir los objetos exteriores; que los animales, privados del habla, los perciben como él; la palabra sólo le es necesaria cuando quiere combinar y generalizar las imágenes y sensaciones y sacar de ellas nociones abstractas.» Estos principios vienen á inculcar que, destituido del lenguaje y sin el favor de la enseñanza, vive el hombre en la imposi-

<sup>1</sup> Cap. XXXVII, art. III.

<sup>2</sup> *Recherches*, t. I, chap. I.

bilidad de granjear conceptos universales.

Menos extrañados anduvieron Bonnetty, Rosmini, Ráulica, Gioberti, si bien todos opinaron ser al hombre necesaria la palabra para revolver sobre sus conceptos; y por lo mismo hicieron forzosa la tradición, la enseñanza, la revelación, sin cuyo auxilio no fuera dable descubrir las verdades del orden metafísico y moral. En fin, el tradicionalismo depaupera al hombre del todo, le desnuda de sus facultades, y sin el socorro de la tradición, apenas le distingue de las bestias; al revés, engrandece la dignidad de la palabra hasta el punto de hacerla capaz de darle el principado sobre las demás criaturas sensibles. Grande encarecimiento y digno de eterna loa, si no despenase en precipicios y no enflaqueciese la gallardía y vigor de la humana grandeza por el camino mismo por donde quisieran magnificarla.

Sabiamente derrocó por el suelo la arrogancia de este sistema la bien cortada pluma del P. Mateo Liberatore<sup>1</sup>, apoyado en las doctrinas de santo Tomás y san Agustín, demostrando que la palabra va en pos del pensamiento, que hablamos porque pensamos, y no al revés, como á los tradicionalistas se les antojara. Y es bien aquí notar cómo las ponderaciones modernas parecen siempre conjuradas contra el buen ser del hombre. Los tradicionalistas, levantando más de lo justo el primor de la palabra, hicieronla autora del caudal de conocimientos intelectuales; los materialistas, prendados de la prerrogativa de la palabra, se la conceden á los brutos; con que aquéllos hacen agravio al hombre tratando contumeliosamente su razón, y éstos le afrentan con grave ofensa, nivelándole con las bestias; y entrambas escuelas, con enaltecer la excelencia de la palabra,

<sup>1</sup> *Conoscenza intellettuale*, vol. I, capo III.



humillan y agravian al hombre, y dan con su honra al través.

No fuera mucho que por este lado sólo le vinieran á nuestra excelssitud las piedras de los vituperios. Varones de mucho viso y autoridad en las ciencias, aun sin intención tal vez, atropellan las mejoras del hombre. Oigamos cómo uno de los más cuerdos naturalistas, Quatrefages, razona llevado de su tema de probar que no distinguen al hombre los actos de su entendimiento. «Cuanto más discurro, dice, más me confirmo en que el hombre y la bestia piensan y racionan por una facultad que les es común, y que en el primero está mucho más desplegada que en el segundo. Y lo que digo del entendimiento no reparo en afirmarlo del lenguaje, que es la más alta manifestación de la inteligencia. En verdad, sólo del hombre es la palabra, á saber, la voz articulada; pero dos suertes de animales poseen voz; hay en nosotros perfección inmensa, pero no cosa nueva de raíz. En ambos casos los sonidos producidos por el aire y puestos en vibración por los movimientos voluntarios dados á una laringe, expresan las sensaciones y los pensamientos personales, según los entienden los individuos de la misma especie. El mecanismo de la voz, el fin, el resultado, son en substancia idénticos.»—«El lenguaje de los animales es, cierto, más rudimentario, y enteramente ajustado á la inferioridad de su inteligencia; así, podríamos decir que consta casi únicamente de interjecciones; aun así y todo, es bastante para satisfacer las necesidades de los mamíferos y de las aves, que le comprenden muy bien. El hombre le aprende sin trabajo, y reproduciendo los acentos, gritos y señales de ellos, logra engañarlos y ganárselos. De suyo se calla que yo aquí prescindo del canto de las aves como el del ruiseñor, que me parece ajeno de significación, y sólo

comparable á la vocalización de un solfeante<sup>1</sup>»

Veamos ahora cómo propone esta misma teoría un materialista, muy ajeno de admitir la espiritualidad del alma humana, que profesa Quatrefages. Dice así el fisiólogo Beaudis: «La voz articulada es de tantas formas de expresión como la mímica y la gesticulación: ni hay para qué hacer de la palabra una cosa especial superior á la naturaleza humana. Hemos visto que los animales usan voces articuladas á su manera; pero en ellos los movimientos expresivos y el lenguaje en particular se reducen á un mínimo, por ser tan limitado el círculo de sus ideas, y por bastarles los modos más sencillos para dar á entender todo linaje de emociones. ¿De qué les serviría la instrumentación complicada del lenguaje á seres que llevan una vida intelectual tan circunscrita? El problema del origen del lenguaje abraza el desarrollo de la inteligencia, ni hay para qué detenernos en ello, y el desarrollo gradual del modo de expresión y de movimientos musculares que constituyen la mecánica de la palabra. La solución de este problema ha de buscarse en el niño desde que nace hasta que habla distintamente, en el estudio de las lenguas entre salvajes y en las lenguas primitivas...»—«Dos teorías son hoy recibidas acerca del origen del lenguaje, la de la onomatopeya y la de la interjección: en la primera, el lenguaje primitivo no debió de ser más que la imitación de ruidos exteriores; en la segunda, el desarrollo de gritos sentimentales: ni la una ni la otra, ni ambas juntas, bastan para explicar el lenguaje. Atribuirle con Max Müller á una fuerza inherente á la naturaleza humana, no me parece acuerdo feliz. El habla es uno de tantos modos de expresión, y los animales poseen también esos movimientos aun-

<sup>1</sup> *Nouveaux élém. de Physiol. hum.*, 1881, p. 966.

<sup>2</sup> *L'esp. humaine*, livre 1, chap. 1.

que sus manifestaciones sean más limitadas que en el hombre. Luego el lenguaje no es esencial á la naturaleza humana; es sólo término superior de una evolución común á todos los seres animados, y la manifestación más levantada es la más notable. El lenguaje es tal cual le hace la inteligencia humana, la cual ha perfeccionado poco á poco el grosero instrumento de los primeros tiempos... El orden que progresivamente ha seguido es este: gritos y gesticulación instintiva; vocalización, mímica, danza; articulación, monosilabismo, escritura figurada; lenguas monosilábicas, lenguas aglutinantes, lenguas amalgamantes ó de flexión.» Hasta aquí Beaudis, con su confusión de ideas y vocablos. Concuera con Quatrefages en venerar en hombres y bestias sin diferencia el don del habla, fundados ambos autores en la prerrogativa de la inteligencia, que para Beaudis es el meollo de las fuerzas físicas, y para Quatrefages facultad espiritual totalmente exenta de materia. Hasta tal extremo corren á rienda suelta por el campo del saber moderno los devaneos.

Mas entremos á declarar qué cosa sea la palabra. Antes de responder conviene advertir, que estando nuestra alma substancialmente así unida con nuestro cuerpo que formen ambos á dos un sólo ser, necesarios son signos sensibles que den noticia de los pensamientos á los seres con quien tratamos. Estos signos pueden ser instintivos ó artificiales; los instintivos, suspiros, gestos, meneos de pies y manos, expresan las sensaciones y la interna disposición con tal cual exactitud; pero los artificiales ó de convención, como el lenguaje, parecen los más á propósito para representar con acierto los afectos y pensamientos del alma. Entre las señales y expresiones de los conceptos sobresalen las palabras que,

según el arbitrio de los hombres, figuran determinadas ideas; y aunque no sean medio del todo necesario para darles cuerpo y vida, son instrumentos aptísimos, porque hablando á la imaginación facilitan al entendimiento la vista clara de los conceptos que significan. «Así vemos, dice á este propósito el P. Liberatore, que los pueblos, según que sea analítica ó sintética la lengua que usan, son sintéticos ó analíticos en sus ideas; y no erraría lejos de la verdad quien buscarse en la riqueza y propiedad de una lengua, en parte al menos, la razón del progreso filosófico ó literario, y en la índole de un idioma la causa del diverso pensar de las naciones<sup>1</sup>»

Si contemplamos la palabra en cuanto imagen de los pensamientos y deseos, no hay duda que es la que más al vivo los representa, y el signo más principal; ni hay otro que con más claridad, facilidad y generalidad haga pública la intención. Porque los suspiros, gestos, visajes, gritos, ademanes, y otros semejantes, con tener gran símbolo y proporción con las ideas, ofrecen suma dificultad, expresan confusamente, vagamente enuncian, y piden esfuerzo y atención al que deba interpretar el sentido que entrañan. Y no tan sólo son en sí embarazosos los gestos y malos de descifrar, pero también depende su valor de circunstancias particulares, que traen consigo buen cúmulo de dificultades. ¿Cuánta fatiga no cuesta al sordomudo pintar con los dedos y poner delante de los ojos la cosa que anhela?

La mano, como declámas poco ha, es uno de los principales órganos que tiene el hombre para comunicar con sus semejantes, y para expresar los pensamientos. Hablar con la mano es común tal vez más que con la lengua.

<sup>1</sup> *Conscenza intell.*, vol. 1, capo 11.



Díganlo los sordomudos, que, sin el favor de la mano, serían seres mucho más desgraciados; los ciegos de nacimiento, que en la mano tienen la brújula que guía sus pasos; las casas de educación, que se sirven del tacto para enseñar á discurrir á los niños más imbéciles; los maestros de enseñanza que, mediante los gestos de la mano llevan sus alumnos á la cumbre de las ideas intelectuales; los padres de familia, que usan de la mímica para entenderse con los hijos.

Á qué perfección haya llegado el arte de la mímica, bien lo sabemos; mas todos no alcanzamos cuántos imposibles se han tenido que vencer para inventar signos y figuras que representen los pensamientos. ¿Y por qué se ha levantado el arte á tanta perfección, sino porque los sordomudos son gente dotada de razón, y el ejercicio de la palabra allanó las más de las dificultades? «Hagan la prueba, dice el docto Hamard; den educación al mono más listo de la escala zoológica, traten de enseñarle con esmero á escribir: la sola tentativa, aun imaginada, mueve á risa por lo excusado de la tarea; y, sin embargo, si, como pretende M. de Quatrefages, el animal estuviese enriquecido con nuestras facultades intelectuales, la mona debería ser susceptible de educación tanto como el sordomudo, que en lo físico es menos favorecido de la naturaleza. ¿En qué está la infinita distancia, sino en que el hombre posee una potencia de que carecen los seres inferiores?» Á la verdad, el discurso de la razón nos abre la puerta para explicar lo fácil de la educación de los sordomudos. El artificio de los signos simbólicos y de las figuras de la mímica sería industria vana, si estuviesen privados de la facultad de expresar sus ideas y de comunicar con sus se-

mejantes; pero dicha facultad por sí sola basta al hombre en cualquiera coyuntura para significar lo que quiere, lo que pasa, lo que le conviene hacer.

El bruto es imposible que mienta; de ello es incapaz. Sólo el hombre sabe mentir, cuando quiere y como quiere. ¿Y por qué, sino porque tiene poder para disfrazar sus pensamientos de innumerables maneras, aun haciendo sonar en los oídos imágenes adulteradas? Ni dejemos de advertir que si caben mentiras en los gestos, como las hay en las palabras, las mentiras de acción parecen no desdecir tanto como las de palabra, á causa de la mayor vaguedad que en los gestos se contiene. Muy á este propósito dijo nuestro eruditísimo Quevedo: «Debe advertir con Cayetano, que más fácilmente se excusan de mentirosas las obras que las palabras; y es la razón que las palabras son propia y expresamente las señales del concepto, y para exprimirle se instituyeron; no así las acciones, que se interpretan más latamente.» De donde cierta cosa es que el discurso hablado, la razón vestida con palabras, en fin, el uso del lenguaje, hace á todos los otros signos no comparables ventajas, ya porque los nombres sustantivos y adjetivos diestramente trabados dibujan al vivo el sujeto y le señalan con el dedo, ya porque el verbo con la variedad de modos, tiempos y personas hace pintura de su estado y disposición, ya porque las demás partes gramaticales realzan los perfiles y avivan los colores y dan la última mano á la figura, señalando tan patentemente la cosa, que quede de todo en todo dada á conocer. Y así, decía san Agustín: «Las palabras han alcanzado entre los hombres el señorío y poder de significar todo cuanto el ánimo concibe.»

<sup>1</sup> Vida de san Pablo, Apóstol.

<sup>2</sup> De doctr. christ., l. II, cap. III.

<sup>1</sup> Revue des questions scientifiques, 1878, p. 208.

Por manera que es el lenguaje para el trato humano como la moneda entre mercaderes: y así como la moneda representa todos los valores y es medio general de cambio; no de otro modo el estilo y el lenguaje hace las veces de todos los conceptos y es instrumento universal de humano comercio. Este es pensamiento de nuestro español Quintiliano.

#### ARTÍCULO IV.

El lenguaje no es propio de animales.—Los brutos no expresan conceptos por gestos ó señas.—Teoría de los Escolásticos sobre el *verbum mentis*.—Examinase la índole del acto intelectual y sensitivo.—Los brutos no carecen de órgano para hablar.—Extraña teoría de Quatrefages.—Más extraña la de los materialistas.—Historia del niño de Darwin.—El *verbum mentis*, que es el alma del lenguaje, les falta del todo á las bestias.

**S**UPUESTA la inteligencia de cuán precioso don sea el habla, veamos cuán lejos esté de haber en la facultad de los brutos. Los modernos, que en afirmar osadamente y como averiguadas las cosas que bien les parecen son modelos acabados, se han mancomunado para franquear á las bestias la facultad del lenguaje, si quiera rudimentario, como hemos visto arriba. ¿Qué razones presentan? Ninguna por cierto: dicen que los brutos poseen su manera de comunicar los afectos y sentimientos, y que en su desaliñado estilo hablan y conversan, teniendo unos con otros muy buenos ratos. ¿Mas es lenguaje el suyo? ¿Así hablamos los hombres? Porque bien dijo santo Tomás: «Toda representación consiste en una cierta comparación del signo á lo signado, que pertenece propiamente á la razón; y así los brutos algo manifiestan; mas no intencional esa manifestación, sino que por su natural instinto hacen alguna cosa, á la cual sigue la manifestación.» El len-

guaje es, ó natural ó convencional; el natural explica por gestos y ademanes la interior disposición: á esto en su manera alcanzan los brutos, y aun con artificiosa paciencia se les enseña á dar algún sentido á una determinada acción. El perro y el mono conocen lo que su amo pretende cuando toca el tambor, y luego empiezan á bailar; pero si el titiritero intenta mostrar su voluntad con el redoble, los danzantes no intentan mostrar su obediencia pronta ejecutando la danza: obran sin querer y sin saber, ni es lenguaje aquella torpeza de figuras y meneos. ¡Qué bien lo dice el P. Carbonnelle por estas palabras!: «Cuando los animales hacen señas cualesquiera con la voz ó con el gesto, en el afán de transmitirles se echa siempre de ver que tienen otra cosa presente. La gallina que cacarea y aletea con presteza, avisa á los polluelos del peligro que corren; mas es para juntarlos y tenerlos cerca de sí: el perro y el gato, delante de un enemigo, toman actitudes belicosas y hacen ademanes amenazantes; mas es para ahuyentar al enemigo. Nunca vemos que parlén platónicamente entre sí, y con todo á veces debieran hacerlo si de ello fuesen capaces. La necesidad social que tienen unos de otros y que á menudo experimentan, exigiría en muchos casos algunas explicaciones. Los más de ellos cuidan con solicitud sus hijuelos: ¿cómo no les cuentan lo que la experiencia les enseñó, pues de ello bien se acuerdan?» Hasta aquí el P. Carbonnelle.

Entremos más adentro en el profundo de esta materia. En el acto intelectual más elemental dos cosas vienen á encerrarse, la impresión que el objeto ejerce en el entendimiento, y la aprehensión del objeto efectuada por el mismo entendimiento. Los antiguos Escolásticos llamaban con razón *verbum men-*

<sup>1</sup> II II, q. cx, a. 1.

<sup>1</sup> Revue des quest. scientifiques, 1880, p. 207.



tis al acto intelectual en que la mente, representados los conceptos de las cosas, da su fallo y habla como juez. En los actos sensitivos hay representación del objeto, ó imagen sensitiva que no es distinta del acto; en esta imagen la potencia sensitiva conoce su objeto singular; por eso dice oportunamente Suárez: «Las potencias sensitivas tienen una producción semejante á la producción del verbo mental». Empero la obra del entendimiento (*verbum mentis*) consiste en afirmar ó negar la conveniencia del sujeto con el predicado; y para eso es menester compulsar los extremos, y luego dar la sentencia afirmando el sí ó el no. Mas porque en los brutos sólo caben aprensiones sensitivas y no intelectivas, mucho menos pueden hacer comparaciones ni juicios: por eso «propriamente», añade Suárez, no dicen, ni hablan, porque conocen con imperfección; y nada afirman ó niegan, sino sólo simplemente perciben, y por eso la denominación de *palabra* no la merecen sus conceptos».

La razón es porque como la virtud manifestativa sea la que entabla correspondencia entre la palabra externa y el concepto mental, y «la manifestación se halla sólo en el entendimiento, y si fuera del entendimiento se atribuye á alguna cosa la propiedad de manifestar, es porque algo queda en el entendimiento que es principio manifestativo»; de aquí nace que la palabra no tenga de sí misma el ser representativa, sino que reciba ese oficio del entendimiento; al concepto intelectual le compete con propiedad, y no al nombre, el oficio de manifestar; el concepto es la imagen viva del objeto, el vocablo es la señal y figura de ella, el cual, sin el concepto, es cosa hueca, sin importancia, mero sonido.

<sup>1</sup> De anima, l. III, cap. v.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> S. THOMAS: De veritate, q. IV, a. 3.

Por eso el entendimiento, que contiene aposentadas en sí con maravilloso artificio las cosas que conoce, no en aquel ser real y tosco que de suyo tienen, sino las imágenes y figuras espirituales de ellas, cuando quiere decir y mostrar lo que siente, envuelve sus conceptos en unos como bultos de voces y da á conocer las cosas como las entiende. De manera que, así como la lengua es instrumento de palabras, las palabras son la lengua del entendimiento. Por galana manera puso en claro estas nociones el P. Fr. Luis de León, diciendo: «Hay dos maneras ó dos diferencias de nombres: unos que están en el alma, y otros que suenan en la boca. Los primeros son el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros el ser que tienen en la boca del que como las entiende las declara y saca á luz con palabras. Entre los cuales hay esta conformidad: que los unos y los otros son imágenes, y, como ya digo muchas veces, sustitutos de aquellos cuyos nombres son. Mas hay también esta desconformidad: que los unos son imágenes por naturaleza, y los otros por arte. Quiero decir, que la imagen y figura, que está en el alma, sustituye por aquellas cosas cuya figura es, por la semejanza natural que tiene con ellas; mas las palabras, porque nosotros que fabricamos las voces señalamos para cada cosa la suya, por eso sustituyen por ellas».

Si hacemos cotejo de la imagen sensitiva con la palabra, notaremos que la sensibilidad presenta la figura y apariencia del objeto, su traje y hábito de fuera, no su naturaleza íntima y secreta. Y porque sería usurpar una dominación propia de un orden más alto el atribuir al sentido el acto del entender; así tampoco á la imagen sensible le pertenece propiamente ha-

<sup>4</sup> Nombres de Cristo, introducción, § II.

blar y usar de nombres, pues la palabra, como decimos, es la imagen del concepto íntimo de la cosa. Por esta causa, no sólo el bruto no habla, mas tampoco en el hombre dicen cosas los conocimientos sensitivos. Porque el que habla por medio de nombres, sustantivos y adjetivos, verbos y demás partes del discurso, significa en general los modos de ser, las notas, las relaciones y accidentes de los objetos; ninguna palabra hay que dibuje el conocimiento sensitivo de una cosa, que es singular y mecánico; ni el entendimiento, que tira á investigar y á exponer con sus ideas las esencias de las cosas que trata, ha menester pintar circunstanciadamente la sensación recibida; bástale referir la representación del fantasma, á lo cual ayuda la palabra; y en faltándole la palabra acude el hombre al gesto para manifestar el concepto que desea. Las voces onomatopéicas buenas son para quien ignora la lengua del país, ó para gente ruda que no sabe hablar.

Cuando los modernos andan perdidos por demostrar que los primeros hombres entraron en el mundo hablando con onomatopeyas y con interjecciones inarticuladas, con que hacer patente la rudeza de sus emociones é ideas; ¿qué otra cosa pretenden sino mostrarnos con el dedo el genio tosco y embrutecido de aquellas familias humanas? No; el hombre habló desde que puso los pies en la tierra, vino al mundo hablando, y es un hecho histórico que no consiente duda ninguna. Las interjecciones le podían servir para hacer patentes los afectos de su voluntad ó los sentimientos del apetito inferior testificados por la conciencia; introducir la fábula de las onomatopeyas es amontonar desatinos para obscurecer más al seguro el resplandor del humano linaje.

La palabra, pues, se instituyó para significar, no fantasmas sensibles, sino

conceptos intelectivos é insensibles, y para representar con facilidad y entereza toda suerte de cosas. Á su formación concurren las potencias sensitivas, ora ayudando á vestir con voces articuladas la imagen intelectual, ora ofreciendo al entendimiento la imagen del vocablo articulado visto ú oído; mediante las cuales el entendimiento, enriquecido de conceptos, muestra al exterior con el sonido de los vocablos la señal de lo que allá dentro concibió. Así tres cosas concurren en el proferir palabras; el concepto del entendimiento hablado sin voz ni semejanza, el fantasma que es imagen de la palabra externa, y la voz articulada; por donde la palabra depende de la fantasía y del sentido materialmente, y formalmente del concepto. Y de aquí por necesidad se concluye que en los brutos no tiene lugar la palabra por faltarles entendimiento».

No está, pues, la diferencia en que carezcan los brutos de condiciones para articular; porque demás de que, como Buffon declaró, el mono está provisto de todos los requisitos para ello, y aun tiene lengua tan expedita como el hombre, el poseer aparatos nada prueba; pues son una mera condición, no la substancia del lenguaje; el punto está en la razón y en el concepto. Ajustadamente escribió Beauvais las siguientes palabras: «Muchos animales, dice, poseen la voz articulada como el hombre. No alcanzan á formar palabras si no es por imitación, como el papagayo y otras aves; pero no producen naturalmente sonidos articulados. Los mamíferos á lo sumo vocalizan, aunque pueden emitir consonantes. Así la *b*, se deja oír claramente en el balido del cordero; las consonantes *z*, *r*, *s*, *p*, *g*, *k*, *u*, etc., se distinguen en el canto de los pájaros». No digan, pues, que la mala

<sup>5</sup> P. SERRIS, Della conosc. sensit., capo II, art. v.  
<sup>6</sup> Nouveaux élém. de Physiol., 1831, p. 963.



traza de la laringe, ó la torpeza de la lengua, ó la cuavidad de la boca, son estorbo al ejercicio del habla: confiesen, por el contrario, que es un pasmo, cómo los que tienen órganos acomodados no saben ejercitarlos á maravilla. ¿De dónde le viene al hombre el encanto y atractivo que tiene, sino de la lengua y boca? ¿Y por qué sino por ser el habla el instrumento más propio de la razón, donde se refleja más claramente el alma? Hermosas son todas las cosas, enamora y cautiva tan sólo el hombre porque habla, en tanto que los demás seres no saben sino estarse mudos y quedos por más que sepan vocear.

No en lo físico, tornamos á decir, si bien se mira, está el encanto del lenguaje. Si el hombre, mediante la laringe y el aire de los pulmones emite sonidos, y meneando labios, dientes, lengua, y dando contra las paredes fijas de la boca pronuncia voces diversas, no de otra manera los animales remedan sonidos articulados, con su balido las ovejas, con los trinos los ruiseñores, con el castañeteo las monas, con el silbido las serpientes, con el rugido los leones. Mas, semejantes voces son articulaciones imperfectas, sin hermosura y sin expresión; y por el contrario, al hombre le es dado hacer sonar en los oídos con infinita variedad letras vocales con incomparable limpieza, broncas consonantes con suma facilidad, teniendo cada hombre su donaire particular en el uso de las voces; y eso porque á él sólo le es concedida la facultad de pensar y la de elegir, de declarar, en fin, sus conceptos con la lengua, para cuyo desempeño ambas potencias se requieren.

Pues luego discurren sin concierto los que hacen al bruto participe del privilegio del habla que es exclusivo del hombre. Es muy extraño que al ilustre Quatrefages se le escapase esta esencial diferencia, y que deslustrase

la verdad afirmando que «el lenguaje de los brutos es rudimentario y consta de interjecciones y de admirativos esencialmente», y que el del hombre es sólo de mayor perfección que el del animal. Nunca llegaron las bestias á instituir voces convencionales, porque el instituir signos que á ciertos conceptos habian de estar vinculados, prerrequiere convención mutua, y no habiendo convención posible sin discusión y sin comunicación de inteligencias, el lenguaje sólo puede tener lugar en seres capaces de raciocinio. Sonos varios, palabras enteras, frases compuestas pueden enunciarlas los brutos, ¿cómo no son suficientes á darles sentido ni á ordenarlas á la expresión de sus sentimientos, sino por que el hacer voces dignas de sentido sólo se les facilita á los que gozan de habla interna, no á los destituidos de intención discursiva? Lo más que de la bestia puede el hombre prometerse es que articule una frase dispuesta de antemano y hablada por él; todo cuanto sale del territorio de lo mecánico y pasa á lo moral é intelectual, es vano intento pedirselo á seres irracionales: siempre será constante esta verdad: si del bruto es la voz, sólo del hombre es el habla<sup>1</sup>.

«Hay esencial diferencia», dice el P. Carboneille, entre el lenguaje humano y el de los brutos: en el hombre la comunicación del pensamiento es conocida y expresamente intendida; en el animal es un medio ignorado por el mismo que le emplea, y viene á ser su ignorancia como la que el hombre tiene de los fenómenos cerebrales, nerviosos y musculares. También el hombre hace á veces ademanes, gestos y exclamaciones como ellos; pero es el único ser que sabe articular con la voluntad resuelta de explicar sus sentimientos y participarlos á los de-

<sup>1</sup> Arist.: *De Anim.*, l. iv.

más<sup>1</sup>. La razón es, como hemos dicho, que el habla, por significar conceptos internos, va derecha á su blanco con voces escogidas y proporcionadas; y siendo los vocablos de suyo generales, vagos y aptos para simbolizar diversas ideas, el artificio que su empleo pide arguye entendimiento, que no falta al hombre más lerdo, y se echa menos en el bruto más sagaz. Podrá la cotorra garlar una serie de palabras, el mono tomará la pluma, manoseará el oso un libro; pero jamás llegará la cotorra á distribuir las voces sino como las oyó articular, sin dártononi sentido diferente á la frase; tampoco el mono conseguirá en toda su vida el arte de escribir, ni lograréis del oso que descifre una sola letra, á no ser que á poder de palos y escarmiento llegue á grabar en la memoria sensitiva aquellas figuras arbitrarias. Cuando, pues, Quatrefages afirma con tanta aseveración que el hombre y el animal piensan y raciocinan merced á una facultad que les es común, si bien más destrabada en aquél que en éste, y cuando asienta que el instrumento, el fin y el resultado del lenguaje son en ambos á dos una misma cosa en substancia, no hace sino ir contra la corriente de todos los filósofos más calificados, dar pruebas de ignorar la esencia de las facultades cognoscitivas, servir por su mano á los materialistas y abrir la puerta á la ruina del reino humano, que con tantas veras pretendió establecer y fundar.

De entretenimiento y gusto es la hipótesis del darwinista Hovelacque<sup>2</sup>, en confirmación de la teoría de Mortillet acerca del parentesco del hombre con los monos. Unos cuantos animales favorecidos de circunstancias felices lograron la fortuna de hablar; otros, semejantes á ellos en el organismo, en vez de fijar la rueda en la perfección

de sus facultades, no sólo se les volvió y quedaron cerrados y mudos, mas también cayeron en el abismo de una degradación deplorable: estos son los monos antropomorfos, gorila, orangután, quimpancé, gibón; aquéllos los antepasados del hombre. Esta rusticidad de la doctrina de Hovelacque es corolario del transformismo: ya el mágico Darwin dió en la flor de achacar los adelantamientos del hombre al lenguaje articulado<sup>3</sup>. Pero tres cosas son dignas de advertencia en esta hipótesis darwinista: primera, el descubrir su autor en materia peregrina y del todo ignorada; segunda, el estribar en fantasías sin hechos fehacientes; tercera, el confundir la causa con el efecto y enmarañar la cuestión grandemente. «Sin duda, dice el marqués de Nadaillac, el lenguaje articulado es preciosísimodon. La palabra manifiesta cuánto vale y cuánto puede el hombre que la ejercita. Los animales tienen voz, decía Aristóteles; los hombres solos palabra: Cuvier, Gratiolet, Huxley son contestes en reconocer que la facultad de hablar constituye el distintivo por excelencia de la especie humana. Todos los hombres hablan; aun las razas inferiores conocen los artificios, digamos mejor, el arte de la palabra. El hombre del oso y del elefante, señoreaba y avasallaba con la palabra los animales que tenía en torno suyo; y cierta cosa es que los hombres todos, desde los albores de su vida, comunicaron entre sí sus primeras impresiones<sup>4</sup>».

Sirve de juego la pintura que Darwin nos dejó de un niño suyo, donde procuró representar por qué medios la criatura logró entrar en conversación y trato con sus domésticos. Entre otras gracias, cuenta que «á los seis meses y once días manifestaba simpatía cuando el ama hacía como que lloraba. Al año

<sup>1</sup> *Aveuglement scientifique*, art. ix.

<sup>2</sup> *Ass. Française*, Lyon, 1883, p. 613.

<sup>3</sup> *The descent of man*, t. II, 1873, p. 391.

<sup>4</sup> *Les premiers hommes*, t. II, chap. xiv.